

Procreación: la paternidad

Fotografía de Lucero González, serie "Ventura"



Las feministas pelean contra (por) padres*

Diane Ehrensaft

Has recorrido un largo camino, nena... hasta que tienes a una.¹ Y las feministas de izquierda ahora están entre la oleada de mujeres que "las tienen". En el inicio del movimiento contemporáneo de mujeres, pocas feministas estaban dando a luz. Las que estábamos involucradas en la política considerábamos nuevos papeles genéricos y de crianza, pero en general desde un sillón, más que desde el piso del cuarto de los niños. De hecho, para muchas, la maternidad no estaba de moda, y se consideraba hasta políticamente incorrecta. A medida que maduró el movimiento, también lo hicieron sus primeras participantes. Ahora la maternidad está de moda, y muchas de nosotras, tanto homosexuales como heterosexuales, solas o en pareja, hemos elegido la maternidad.

Se ha abierto la presión para desarrollar una estrategia feminista viable para la crianza de niños. Al igual que otros millones de mujeres en este país, nos enfrentamos al asunto de la supervivencia al tratar de equilibrar el trabajo y la familia en una sociedad que ofrece un magro apoyo adecuado a ambos, trabajo y maternidad. Durante más de veinte años, las feministas han luchado por desarrollar una política de la maternidad. Alguna vez, la misión estuvo cargada con fervor ideológico y revolucionario y se expresaba en la exigencia de que los hombres se encargaran de recoger los pañales para que las mujeres pudieran recoger los cheques. Pero esto se ha convertido cada vez más en una política de experiencia personal y en el interés por uno mismo. Y, si bien hemos luchado para liberar a las mujeres de los grilletes opresivos de la maternidad tradicional, el movimiento de las mujeres reiteradamente se ha

* Este artículo apareció en *Societal Review*, 90M.

¹ *Yes he came a long way, baby... until you have one.*

encontrado en un lío cuando llega al asunto de cómo deben participar los hombres en ese proceso.

No hemos resuelto los dilemas aparentes entre la participación de los padres y la opresión de las madres. Respecto de distintas cuestiones, las feministas han estado polarizadas entre una visión de los hombres y los padres como los máximos ladrones patriarcales de los derechos de la madre (como cuando los padres retiran la custodia infantil de sus esposas lesbianas) y la postura de que las mujeres sólo resolverán el problema con una reconstrucción de la crianza de los hijos en que hombres y mujeres compartan tanto los derechos como las responsabilidades. Ya es hora de que las feministas de izquierda remodelen esta visión polarizada en una comprensión dialéctica de la paternidad como opresiva para las mujeres y también como portadora de un potencial para la liberación de las mujeres, con el fin de desarrollar una política de la crianza de los hijos que tome en cuenta ambos lados de la dialéctica. Este artículo pretende ser un paso en esa dirección, para tamizar nuestra historia, aclarar las confusiones y solidificar una posición cohesiva respecto de la participación de los padres y el cambio feminista.

Betty Friedan sobre la paternidad

La doctora (Selma) Fraiberg no quería retroceder desde su buena posición profesional bien pagada como psicoanalista que también es madre. Si de veras está dispuesta a tomar las armas "en defensa de la maternidad" . . . que se preocupe por los cambios institucionales y las innovaciones sociales que ahora se requieren para que hombres y mujeres compartan equivo el peso . . . y el placer . . . del cuidado de los hijos.

BETTY FRIEDAN, 1981²

Se esperaría que en cualquier situación de crianza de los hijos habría un placer mutuo y una recíproca participación en las responsabilidades. Pero en último análisis, hasta que la tecnología haga posible que un hombre cargue dentro de sí a un bebé durante nueve meses y experimente el riesgo y el dolor de dar a luz, el nexo y el vínculo pertenecen a la madre.

BETTY FRIEDAN, 1983³

²Betty Friedan, *The Second Stage* (Nueva York: Summit Books, 1981), p. 80.

³Betty Friedan, citada en Ivett Peterson, "Feminists Discern a Bias in Baby M4, custody Case", *The New York Times*, 20 marzo 1987.

Una feminista, dos posiciones respecto de la paternidad y la maternidad. Al esculpir una posición feminista respecto del papel de hombres como padres, han aparecido conflictos, contradicciones y controversia entre distintos segmentos del movimiento de mujeres, así como dentro de cada una de nosotras. Así, en 1981, Betty Friedan pudo enarbolar una campaña militante para la participación *igualitaria* de los padres en el cuidado de los hijos como esencial para la "segunda etapa" del feminismo, y luego, en 1987, para apoyar ó el derecho de Mary Beth Whitehead a conservar la Bebé M, dio media vuelta y argumentó en favor de la supremacía biológica de las madres sobre los padres.

No se trata simplemente de un cambio en el pensamiento de Friedan de 1981 a 1987. Porque en 1989 nuevamente proclama con vehemencia la participación igualitaria de los padres en la crianza de los hijos en su ataque a la propuesta de Felice Schwartz en *Harvard Business Review* de caminos corporativos separados para mujeres "sobre todo de carrera" y las de "carrera y familia".¹ En su vacilación, una de las primeras promotoras fundamentales del feminismo moderno se convierte en vocera de muchas de sus hermanas, y sus palabras nos dan un respiro. Aun en un asunto cargado de profundas emociones y recuerdos de infancia, no se puede tener ambas cosas: argumentar en favor de los derechos de las madres sobre los padres debido a la biología, por una parte, mientras, por la otra, exigimos que los padres se ocupen de los pañales tanto como las madres.

No es casual que este texto sobre paternidad y feminismo se haya iniciado con las posiciones contradictorias de una feminista de renombre acerca de dos sucesos sociales recientes, el caso de la Bebé M y la discusión acerca del "carril de mamá" ["mommy track"]. Las respuestas feministas a cada uno de estos sucesos revelan cómo el caso de la Bebé M sacó a la luz los conflictos crónicos entre feministas acerca de la paternidad (y la maternidad), mientras que el ruido en torno al "carril de mamá" propuesto por Schwartz finalmente empujó a las feministas a hablar con una voz pública unificada al respecto.

Ambos sucesos también resaltan tres preguntas esenciales para un movimiento político cuyo cimiento ha sido una crítica de la familia y los papeles genéricos estereotípicos dentro de ella: 1) ¿Queremos o necesitamos que los hombres se involucren en la vida de los niños? 2) Si sí, ¿de

¹Felice Schwartz, "Management Women and the New Facts of Life", *Harvard Business Review*, enero-febrero 1989, pp. 65-76.

qué manera? 3) ¿Quién puede (o debe) "ser maternal"? Estas preguntas se dirigen tanto a mujeres lesbianas como heterosexuales, y todas desafían implícitamente la hegemonía aceptada de la familia nuclear heterosexual como el bastión de la crianza de niños en Estados Unidos. Ya sea que vivan solas o en pareja o en comunas, con hombres o con mujeres, las feministas aún deben enfrentarse al dilema irresuelto respecto de la paternidad: ¿queremos a los hombres o no?

La Bebé M y el curril/trampa de mamá

En el caso de la Bebé M, Mary Beth Whitehead, una obrera, aceptó ser la madre sustituta para William y Elizabeth Stern, dos profesionistas de alto rango. Cuando la bebé nació en 1986, Whitehead decidió que se había equivocado y no soportaba la idea de entregar a la niña que había cargado durante nueve meses. En 1987, se llevó a cabo una horrenda batalla por la custodia en los tribunales con mucho escándalo publicitario en los medios informativos. El juez de Nueva Jersey, apoyando tanto el contrato inicial como los "mejores intereses" para la niña, decidió a favor de los Stern y al principio terminó con todos los derechos de maternidad de la madre biológica (aunque esta última decisión después se modificó ante una apelación).

No fue difícil que las feministas asumieran una postura unificada en contra del alquiler explotador de los úteros de obreras por parte de parejas de la clase media que querían un hijo. Sin embargo, cuando llegó el momento de decidir quién tenía mayores derechos sobre la bebé real, las feministas empezaron a dividirse. Un grupo de más de cien feministas conocidas, incluidas Betty Friedan, Gloria Steinem, Susan Sontag y Grace Paley, firmó una petición de apoyo para Mary Beth Whitehead con el argumento de que una mujer no necesita ser perfecta para merecer a su hija. Sin embargo, más reveladora fue la división en las opiniones de quienes la apoyaban, respecto de los derechos de los padres frente a las madres. Erica Jong dijo que había añadido su firma a la lista porque consideraba que los "instintos maternales" debían predominar sobre el contrato legal en ese caso.³ Betty Friedan apoyó la teoría del "su-

³"Petitions by Feminists Back Surrogate Mom", *San Francisco Chronicle*, 24 marzo 1987.

dor" en relación con los derechos sobre los hijos: quien realiza mayor trabajo físico en el parto debe tener los derechos sobre el bebé.

Irónicamente, las más de cien feministas encontraron aliados inesperados entre el clero tradicional de Estados Unidos, conocidos por no ser muy amigos del feminismo. Tanto Richard Doerflinger, director asistente de la conferencia nacional de la Oficina de Obispos Católicos de Actividades Pro Vida, y el rabino David M. Feldman del Centro Judío en Teaneck, Nueva Jersey, cuestionaron el hecho de que se realizaran contratos de madre substituta, dado el "instinto maternal" o la "posición maternal natural".⁶ ¿Serían diferentes esos "instintos maternos" de los que mencionó Erica Jong?

Algunas feministas —y yo me incluyo— pensaron que no lo eran y se estremecieron ante las implicaciones de la retórica esencialista utilizada por sus compañeras quienes, al invocar los instintos maternos, parecían confirmar la existencia de calidades inherentes de la naturaleza humana que no son afectadas por la socialización y la cultura. Según un artículo del *New York Times*, "algunas de las firmantes de la declaración estaban incómodas por las implicaciones de que la psicología y la biología de la maternidad hacían más fuerte el derecho de la Sr. Whitehead a la Bebé M que del Sr. Stern, dado que un principio del feminismo desde hace mucho ha sido que las diferencias en las funciones reproductivas no deberían ser base para un tratamiento distinto de hombres y mujeres."⁷

De hecho, mucha gente atacó la postura de la petición respecto de la paternidad, felices ante la oportunidad de dispararle al movimiento de las mujeres. Aparecieron dos cartas en *The New York Times Magazine* en la época del juicio, ambas escritas por mujeres. "Después de haber llevado a los hombres a las clases de parto psicoprofiláctico de Lamaze y a las salas de parto, después de haber exigido con razón que los hombres asumieran su parte en la crianza y el cuidado de los niños, ahora algunas feministas condenan a un hombre que lucha por su derecho para ser exactamente eso, un padre amoroso y responsable. Fue William Stern quien deseaba un hijo, no Mary Beth Whitehead."⁸ Y otra: "Hasta

⁶Iver Peterson, "Baby M Custody Trial Splits Ranks of Feminists over Issues of Exploitation", *The New York Times*, 24 febrero 1987.

⁷Iver Peterson, "Feminists Discomf by Bias in Baby M Custody Case".

⁸Carta al editor, Denis Cahill, Ciudad de Nueva York, *The New York Times Magazine*, 26 abril 1987.

hace poco comprendí que una de las bases del feminismo era un rechazo de la suposición de que la biología es destino. ¿Quiénes son éstas que se dicen feministas y protestan fuera del tribunal en favor de la Sra. Whitehead? Podemos oír la hostilidad ante las manifestantes feministas en las palabras de estas mujeres; también podemos oír su sensación de haber sido traicionadas por un movimiento que se contradice al afirmar la supremacía de los derechos de las madres por encima de los de los padres.

Según Barbara Katz Rothman,¹⁰ una socióloga feminista activa en el caso de la Bebé M, apoyar a Mary Beth Whitehead de ninguna manera traiciona al feminismo. En su opinión, esa postura sencillamente va más allá del feminismo liberal y el patriarcado hacia un enfoque más radical que amenaza los valores patriarcales al proclamar la significatividad de la relación creadora que es el embarazo. "Imagínense qué revolucionario sería exigir la 'equidad del sudor': al nacer, los hijos pertenecen a sus madres porque las madres han realizado el trabajo; que ellas elijan compartir a sus hijos con otros en sus vidas (incluido el padre, pero no exclusivamente) es una dándiva para sus seres queridos."

La propuesta de Rothman suena poco revolucionaria a una madre soltera con tres niños y sin apoyo del padre. El concepto de "equidad de sudor" contradice completamente el principio básico del feminismo de izquierda, que cuestiona la ecuación entre la mujer y la naturaleza. El concepto asume que la crianza primaria corresponde automáticamente a quien ha dado a luz, que crianza y parto son iguales.

La primacía biológicamente determinada de la inversión de la mujer en la maternidad puede reclamarse sólo hasta que el bebé sale de la matriz o se desteta; después de eso, no hay razón por la que los padres y las madres no tengan igual importancia en la vida del niño, o incluso cualquier figura cuidadora no biológica, ya sea una pareja lesbiana, un padrastro u "otro significativo" de cualquier sexo. Sarah Ruddick¹¹ aclara lo anterior y lo explica como la diferencia entre la labor de parto y la maternidad: lo primero es todo lo que hace una mujer para proteger y mantener a su feto, lo segundo es el conjunto organizado de activi-

¹⁰Carta al editor, Susan Gurjilck, Verona, Nueva Jersey, *The New York Times Magazine*, 26 abril 1987.

¹¹Barbara Katz Rothman, "Comment on Harrison: The Commodification of Motherhood", *Gender and Society*, 1, 3 (septiembre 1987), pp. 315-316.

¹²Sarah Ruddick, *Maternal Thinking* (Boston: Beacon Press, 1989).

dades del cuidado de niños que no depende del parto previo o del sexo de la figura maternal.

Mary Gordon hizo la siguiente exhortación a las feministas respecto de la *Bebé M*: "Me inquieta mucho oír que algunas feministas menosprecian la validez del instinto paternal, cuando se refieren a William Stern como un 'donador de espermia' y reducen su deseo de un hijo a 'narcisismo genético'. No podemos tener ambas cosas: o bien queremos que los hombres participen en la responsabilidad de la crianza de los niños, o no. Si sí lo queremos, ellos deben compartir la gloria y el crédito; la conmoción de sus tripas también debe ser honrada."² Mary Gordon tiene razón al definir el cuidado de los hijos como algo sin género, pero yo daría un paso más. En un sistema sexual/genérico libre de relaciones opresivas, sin duda sería importante que los vínculos biológicos de los hombres con la paternidad se reconocieran como iguales a los de las mujeres. Así, es fundamental que la conmoción de la paternidad o la maternidad se reconozca también en figuras no biológicas de cualquier sexo que deseen criar un hijo. También esto deben ser honrado.

La controversia en torno a la paternidad y el feminismo en el caso de la *Bebé M* desde luego sacó a la luz los conflictos no resueltos entre feministas respecto de la naturaleza versus la crianza en las relaciones entre los géneros. No había una respuesta congruente a la pregunta: ¿representan la paternidad y la maternidad una diferencia esencial entre hombres y mujeres o son principalmente construcciones sociales sujetas a cambios?

Felice Schwartz, una feminista autonombraada, proporcionó al movimiento de mujeres una oportunidad de oro para manejar esta pregunta en su bien publicitado artículo, "Management Women and the New Facts of Life". El artículo, que apareció en el número de enero de 1989 del *Harvard Business Review*, causó gran escándalo, ya que feministas de todas las tendencias atacaron su estrategia sugerida de crear una división de dos planos en los puestos de administración corporativa para mujeres. De hecho, Schwartz puede haber hecho un mal servicio a las mujeres al aceptar la convención de la primacía de las mujeres en la crianza de los hijos como la "dura realidad de la vida" y, por lo tanto, relegar a las mujeres a una posición laboral secundaria. Pero, sin darse cuenta, su breve trabajo resultó ser un gran beneficio para el femi-

²Mary Gordon, "Baby M", *Ms. Magazine*, junio 1987.

nismo al aglutinar, quizá por primera vez en la historia del feminismo contemporáneo, una postura pública unida respecto de la paternidad.

Aunque Schwartz está de acuerdo en que tanto las mujeres como los hombres son capaces de una gama completa de comportamientos que tradicionalmente se han estereotipado como masculinos o femeninos, ella sostiene que las mujeres, debido a la maternidad y a la socialización, siguen siendo las criadoras principales de los niños. La "realidad" implícita y relacionada es que en las familias heterosexuales los hombres mantienen su posición como padres tradicionales, proporcionando apoyo material para la familia y permaneciendo atrincherados en el mundo externo al hogar. Como resultado, dice Schwartz, corresponde a las corporaciones reconocer esta realidad cuando integran a mujeres en la fuerza de trabajo, darles opciones para elegir puestos de menos poder y proporcionarles estructuras laborales flexibles que permitan más tiempo para el cuidado de los niños.

Los científicos sociales tradicionales han estado ansiosos por apoyar el argumento de Schwartz de que las madres son diferentes de los padres y que deberían tratarse de manera diferente. Victor Fuchs, un economista de Stanford, menciona estadísticas de que el 95% de los hombres ejecutivos tienen hijos cuando llegan a los 40 años, mientras que sólo es el 35% en el caso de las mujeres ejecutivas. Traducción: si eres una mujer que quiere llegar hasta arriba, olvida los hijos; si eres un hombre corporativo que quiere ser padre, no hay problema.¹⁰ El trabajo de Schwartz abrió el camino para una reacción antifeminista rampante. Mona Charen,¹¹ una abogada que trabajó con el gobierno de Reagan, elogió los deseos maternales naturales, alabó a Schwartz y reventó al feminismo con una sola cuchillada: "El candor [de Schwartz] es re-

¹⁰Ver la carta al editor, de Victor Fuchs, *Harvard Business Review*, mayo-junio 1989, y Victor Fuchs, "Mommy Track is Good for Both Business and Families", *The Wall Street Journal*, 13 marzo 1989.

¹¹Mona Charen, "The Mommy Track", *San Francisco Chronicle*, *The World*, 26 marzo 1989. Una cita parecida se publicó en las Cartas al editor del *Harvard Business Review*, mayo-junio 1989, escrita por Nancy Fogelson Kirk, Secretaria ejecutiva de la Asociación Nacional de Representantes del Talento. "Me impresionó su [de Schwartz] valor para señalarle al Emperador que está desnudo (en este caso tal vez se trate de la Emperatriz, o de las ideólogas del movimiento feminista). Encontrar una voz que se preocupa más por los problemas de las mujeres voluntarias que por la exhibición del rigo y el favor revolucionarios de la esperanza a algunas de que las garantías que las mujeres han logrado en sus empleos no serán en vano."

frescante porque todas las que fuimos criadas con propaganda feminista tenemos reservas acerca de aceptar nuestra nostalgia por los papeles femeninos tradicionales. Es contrarrevolucionario querer ser una madre de tiempo completo. Pero, a la vez, ése fue el problema de la revolución: no consideró honestamente lo que quieren las mujeres." En el caso de la *Bebé M*, las feministas fueron atacadas por abogar por el instinto maternal; ahora se les ataca por ignorarlo.

Las feministas se unieron para responder, preguntando por qué un ejecutivo hombre puede tener hijos, mientras una ejecutiva mujer rara vez puede hacerlo; por qué los hombres corporativos no se encargan de su parte en la crianza de los niños; por qué Felice Schwartz y sus partidarias ignoran por completo la otra "realidad de la vida": el hecho de que los hombres que trabajan expresan cada vez más el deseo de involucrarse más con sus hijos y compartir la responsabilidad con sus esposas.¹⁷ En resumen, las feministas dijeron que había que considerar la situación no como es, sino como debería y podría ser.

Respecto de este asunto, al contrario del caso de la *Bebé M*, a casi ninguna feminista le gustó la implicación de que la biología es destino. Se enojaban cuando gente como John Oakes, antes editor de la página editorial de *The New York Times*, alabó la solución de Schwartz a un problema "inherente a nuestra organización biológica y social."¹⁸

Al fin, las feministas hablaron en acuerdo total acerca del asunto de la paternidad. La crianza de los hijos no debía ser únicamente asunto de las mujeres, ni la para administradoras corporativas de la clase media ni para las empleadas de la clase obrera. La idea de un "carril de mamá" subvierte la posibilidad de la igualdad de géneros tanto en el trabajo como en la familia. Sólo un "camino de criadores" de género neutral lograría reducir la doble carga de responsabilidades familiares y laborales de las madres y asignaría una mayor parte del paquete a los padres.

¹⁷Ver Faith A. Wohl, Carta al editor, *Harvard Business Review*, mayo-junio 1989, para el informe sobre un estudio realizado en Du Pont que mostraba que las actitudes de los hombres se acercan a las de mujeres en lo que se refiere al empleo y la familia. Ver también Sylvia Ann Hewlett en otra carta al editor en el mismo número de *Harvard Business Review*, en que sostiene que definitivamente sí es posible cambiar las actitudes de los hombres respecto de la paternidad, y cita datos de Suecia de que ha habido un cambio de sólo el 2% de los padres que se benefician con los programas de licencias para gente con hijos en 1971 al 20% de beneficiados en 1989.

¹⁸John B. Oakes, Carta al editor, *Harvard Business Review*, mayo-junio 1989.

La respuesta unificada más fuerte a la propuesta de Schwartz se dio bajo la forma de una carta conjunta del Proyecto de Derechos de Mujeres de la American Civil Liberties Union (ACLU), Defensoras de Derechos Equitativos, Junta Política Nacional de Mujeres y la Organización Nacional de Mujeres. Además de afirmar que la carga de las mujeres en el empleo se aliviará sólo cuando las tareas domésticas en familias heterosexuales se dividan de manera más pareja entre padres y madres, la carta también rechazaba con vehemencia la idea de que la paternidad es inherentemente tan distinta de la maternidad:

La mayoría de los elementos que Schwartz incluye bajo el paraguas de la "maternidad" —anticipación, ajuste psicológico, vinculación y educación de los hijos— no son específicos de ningún sexo y pueden influir en el desempeño laboral de ambos padres. ¿Dónde está el carril de papá? . . . Así como muchas mujeres no aceptarían una posición de segunda en el empleo, que Schwartz les otorgaría como el precio por la crianza de los hijos, tampoco muchos hombres talentosos aceptarían la proposición de que el precio de su éxito en el trabajo es la pérdida de toda participación significativa en una vida ajena al trabajo.²⁷

El contraste entre la posición feminista virtualmente unificada respecto del "carril de mamá" y las divisiones en el caso de la Bebé M revela extensas confusiones y controversias dentro del movimiento de mujeres cuando se trata de género e hijos. Las aparentes contradicciones también nos llevan a empezar a aclarar nuestros términos al asumir posturas políticas respecto de la paternidad. ¿Estamos hablando de labor de parto o de maternidad, de hombres como padres tradicionales o como nuevas figuras maternas?

Una confusión central se encuentra en no distinguir entre los hijos como propiedad y los hijos como jóvenes seres dependientes que necesitan el cuidado parental. Cuando pensamos en los hijos como propiedad, organizamos nuestra postura política en torno a los *derechos de los padres* sobre esa propiedad, como en el caso de la Bebé M. Para las feministas que consideran que las madres tienen más derechos sobre los hijos que los padres, el concepto de maternidad como labor de parto se combina con el concepto de maternidad como labor social. Se argumenta que las mujeres tienen más derechos que los padres sobre los hijos porque

²⁷ACLU Women's Rights Project, Equal Rights Advocates, National Women's Political Caucus y National Organization for Women, Carta al editor, *Harvard Business Review*, mayo-junio 1989.

son las *portadoras* de los hijos, con mayor identidad con la naturaleza y mayor sudor en el proceso. Los hombres sólo han servido para manipular esto al hacer a las mujeres las víctimas del patriarcado: después del descubrimiento de la paternidad biológica, el hombre (el padre tradicional) históricamente ha robado a la mujer los derechos sobre los hijos que hasta entonces habían sido de ella, y ha ejercido su control a través de la posesión de las madres y los hijos. Al contrario, para las feministas, como yo, que constantemente rechazamos la labor de parto como un componente esencial de las actividades sociales de la maternidad, la asignación de los derechos de crianza a la figura femenina criadora más que a la masculina no tiene sentido, ya que reduce todo el asunto a la biología en lugar de a las relaciones sociales.

Cuando pensamos en los hijos no como propiedad sino como seres dependientes que necesitan cuidados, el asunto político se convierte no en uno de derechos sino de *responsabilidad de los criadores*, como en la controversia del "carril de mamá". El argumento subyacente es que los hombres históricamente han amontonado la responsabilidad de los niños sobre las mujeres, dejando a los hombres libres para manejar asuntos de "cultura". Hasta que los hombres compartan con justicia el cuidado de los niños, las mujeres seguirán oprimidas e impotentes en la esfera pública. Aquí, el acento está en la labor de crianza y no de parto, y las feministas se unen en torno a la desigualdad de exigir más trabajo de crianza por parte de las mujeres que de los hombres. Por lo tanto, una feminista puede asumir posturas aparentemente opuestas respecto de la paternidad, según si piensa en términos de derechos o responsabilidades, labor de parto o maternalidad social.

Incrustada en las distintas posiciones feministas respecto de la paternidad en los debates sobre la Bebé M y el "carril de mamá", también está la escisión feminista más importante entre esencialistas y constructivistas sociales: si la mujer como madre es un "hecho" de la naturaleza que debería reconocerse y celebrarse, o si las funciones dentro de la familia e incluso los significados de los sucesos biológicos inmutables del embarazo y la lactancia han sido construidos socialmente a lo largo de la historia y, por lo tanto, son mutables. En otras palabras, ¿los padres y las madres nacen o se hacen?

La búsqueda de respuestas en los debates sobre la Bebé M y el "carril de mamá" confrontó a feministas de todas las tendencias con las contradicciones entre participación del padre y opresión de la madre.

Las feministas de izquierda se enfrentaron a estas contradicciones por primera vez hace veinte años, dentro de la primera ola del feminismo, y los primeros debates respecto de la paternidad entre las tres tendencias principales de la época —feminismo radical, liberal y socialista— han trazado surcos profundos y persistentes en el pensamiento y la estrategia actuales respecto del asunto de los padres y el feminismo.

¿Son necesarios los padres?

"No necesitamos a los hombres", cantaba Malvina Reynolds. ¿Si o no los necesitamos? Respecto de la paternidad y las familias, ésa ha sido la fuerza divisoria principal entre feministas durante los últimos veinte años: entre lesbianas y mujeres heterosexuales, entre mujeres de distintas clases y colores, y entre feministas radicales y socialistas o liberales. El debate se enciende tanto en la teoría — en torno a "¿quién puede ser maternal?" y el papel del patriarcado— como en la práctica, en relación con la vida personal y las campañas políticas realizadas en torno a asuntos familiares.

"¿Quién puede ser maternal?" Hasta la formulación de la pregunta ha sido causa de disputa. Algunas feministas apoyan la palabra "criar" [parenting] en lugar de "ser maternal" [mothering], porque la primera evita la representación de las responsabilidades del cuidado de los hijos sólo como el trabajo de la mujer e incluye a los hombres en el concepto. Otras objetan que ésta es una forma de retomismo o liberalismo "postfeminista", que asume que las relaciones entre los géneros ya han cambiado, y sólo sigue el juego de quienes preferirían negar que las mujeres han tenido un sitio único y especial en la crianza de otros seres humanos.¹⁶ Mi propio trabajo reciente respecto de la crianza compartida, así como *Maternal Thinking* de Sarah Ruddick,¹⁷ representa una tercera respuesta feminista que maneja el "ser maternal" como un verbo, y no como la descripción de una posición social. Ambas consideramos

¹⁶Susan Rae Peterson, "Against 'Parenting'", en Joyce Trebilcock, ed., *Mothering: A Feminist Theory* (Totowa, Nueva Jersey: Rowman and Allanheld, 1984), pp. 62-69.

¹⁷Ver Diane Ehrensalt, "When Women and Men Mother", *Socialist Review* 49 (enero-febrero 1980), y *Parenting Together* (Nueva York: The Free Press, 1987); y Ruddick, *Maternal Thinking*.

que, en este momento de la historia, ser maternal es una expresión correcta dado que incorpora todas las tareas de la crianza y la empatía que históricamente han sido el dominio de la mujer y ahora deben corresponder también a los hombres si queremos una sociedad sana.

Pero entonces, la pregunta es: si las mujeres hacen este trabajo mejor que los hombres, ¿por qué queremos que lo hagan los padres? La primera respuesta feminista radical a esta pregunta era definitiva: No lo queremos. No se trata sólo de que los padres no pueden ser maternales sino que *no deben*. En su *Lesbian Nation* de 1973, Jill Johnston decía que “el derrocamiento del derecho de la madre era la derrota mundial del sexo femenino.” Según explicaba, los hombres reclamaron derechos sobre las mujeres a través de la paternidad y así comenzó el patriarcado. Para liberar a las mujeres del patriarcado, debemos eliminar la paternidad y crear una sociedad de madres, “un orden que naturalmente correspondería a la situación biológica de las mujeres como criadoras plenas.” Los hombres pueden ser hijos, pero nunca padres, ni tradicionales ni nuevas figuras maternas.²⁰ En un segmento del movimiento de mujeres que era revolucionario y, a la vez, declaraba la estructura del patriarcado como la fuente de opresión de las mujeres, el llamado al separatismo y a la eliminación de los hombres en las posiciones de poder, incluyendo la paternidad, era la estrategia obvia.

La mayoría de las feministas radicales de principios de la década de 1970 no consideraban seriamente tener hijos propios. Pero su argumento teórico, de que un niño crecería bien o mejor en una familia sin padre, vendría a apoyar después la acción tanto de mujeres lesbianas como heterosexuales de todas las tendencias en la década de 1980 de elegir la maternidad sin padres, una elección facilitada por la disponibilidad tanto de inseminación artificial como de la adopción por una mujer soltera. Mientras tanto, el argumento feminista radical contra la paternidad a lo largo de la década de 1970 era doble: esencialista, en que mujeres = naturaleza = criadora plena, y estructuralista, en que patriarcado = poder del padre = opresión de la mujer. Entonces, “abajo la paternidad” era el grito de batalla.

La crítica de la paternidad no acomodaba a las feministas liberales ni a las socialistas. Al formular un programa para la década de 1970, ellas, tanto como las feministas radicales, eran constantes en su crítica de la

²⁰Jill Johnston, *Lesbian Nation* (Nueva York: Touchstone, 1973).

familia tradicional como opresiva para las mujeres. Pero las feministas socialistas reconocían también el sistema de clases, además del genérico, como la fuente de opresión y el punto de cambio, y consideraban a los hombres no sólo como sus opresores sino también como sus hermanos en una lucha política más amplia por una sociedad más democrática y humana.

Las feministas liberales aceptaban el sistema general, pero consideraban que los hombres y las mujeres genuinamente deseaban y merecían relaciones más armónicas e íntimas, para las cuales se podría luchar mediante un movimiento de reforma. Respecto de la paternidad, las feministas socialistas y las liberales se unieron al exigir la participación equitativa de hombres y mujeres en el trabajo doméstico, incluido el cuidado de los niños.

El feminismo liberal, cuya voz se consolidó en *The Second Stage* de Betty Friedan,²¹ insistía en que debíamos considerar a la familia como es hoy en día y que, para que de veras se llevaran a cabo cambios en el poder y las divisiones genéricas, "la aguda demarcación entre familia y hogar como 'el mundo de la mujer' y el trabajo (y la política y la ley) como 'el mundo del hombre' debía volverse a trazar."

Hacia fines de los años setenta, la exigencia de participación del padre por parte de las feministas de izquierda produjo dos publicaciones: *The Reproduction of Mothering* de Nancy Chodorow y *The Matriaid and the Minotaur* de Dorothy Dinnerstein.²² Chodorow decía que la única razón por la que las mujeres pueden ser más maternales que los hombres es porque fueron educadas por mujeres, su criadora era de su sexo, mientras que los hijos educados por una criadora del sexo opuesto, nunca logran desarrollar la empatía y maternalidad que son requisitos de la maternidad. Dinnerstein demostró que la guerra entre los sexos se relaciona directamente con la educación de los niños centrada en la mujer, ya que los hombres pasan el resto de sus vidas tratando desesperadamente de deshacer simbólicamente su vínculo con una imagen arcaica infantil de una mujer poderosa (también conocida como "Madre"). A partir de ambos trabajos se llegó a la conclusión de que si queremos eliminar los cismas de personalidad y sociales entre los sexos y educar a

²¹Friedan, *The Second Stage*, p. 60.

²²Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering*. (Berkeley, University of California Press, 1978). Hay traducción a español, *Ejercicio de la maternidad*, Gedisa, Barcelona). Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur*. (New York, Harper and Row, 1976).

hombres capaces de ser maternos, debemos lograr que los padres participen tanto como las mujeres en la crianza de los hijos desde la infancia. Ya no bastan los hombres como padres tradicionales. Debemos ubicarlos junto a las mujeres como figuras maternas iguales. Los resultados previstos de la participación de los hombres en la educación temprana de los niños se consideraban de largo alcance y revolucionarios.

Muchas feministas abrazamos la teoría sociopsicológica de Chodorow porque demostraba que no es la biología sino la estructura social de las familias lo que determina el destino. También Dinnerstein proporciona un razonamiento teórico en el apoyo a la exigencia política de que los hombres participen en la crianza para el beneficio más amplio de la sociedad y de las relaciones entre los sexos. De hecho, el libro de Chodorow fue el estímulo para mi trabajo acerca de la crianza compartida, que intentaba demostrar que los hombres pueden compartir e incluso compartir la crianza en algunas subculturas de Estados Unidos, y que esto beneficia a niños, hombres y mujeres por igual.²⁵

Sin embargo, varias feministas radicales atacaron violentamente los argumentos de Chodorow acerca de la paternidad. Pauline Bart, otra socióloga feminista, condenó la teoría de Chodorow que sigue el juego al orden patriarcal que quita los hijos a las mujeres que eligen criarlos sin un hombre: madres divorciadas, madres solteras, madres lesbianas. Sin darse cuenta, Chodorow, decía Bart, daba a las fuerzas patriarcales las armas psicológicas para realizar su trabajo sucio contra las madres no tradicionales. Además, consideraba que Chodorow adulaba a las liberales al dar una solución —incluir a los hombres en la crianza de los niños—, mucho menos amenazante para el orden social que la postura radical de Adrienne Rich o Judith Arcana: la *vinculación de mujeres* es la solución para la naturaleza opresiva de la maternidad como institución. “Exigir que adultos de ambos géneros crien a los niños refuerza la heterosexualidad y la familia nuclear.” Según Bart, obstinada en que las feministas liberales y socialistas fracasaron en el manejo de la misoginia de la cultura, el feminismo no debería tratarse de esto.²⁶

Pero la misma Bart no se da cuenta de que relegar a los hombres al asiento trasero en la crianza de ninguna manera quiebra el heterosexismo y la familia nuclear opresiva, sino que más bien refuerza las ca-

²⁵ Ver D. Ebronsaft, *Introducing Together*, y “When Women and Men Mother.”

²⁶ Pauline Bart, reseña de *The Reproduction of Mothering* de Chodorow, *Critique*, 11, 1 (enero 1981).

denas de esclavitud que mantienen a las mujeres amarradas al hogar. El problema real respecto del trabajo de Chodorow no es que abogue por la participación del hombre en la crianza de los hijos, sino que implica que ésta es la única manera de asegurar un desarrollo sano y desmantelar las relaciones intersexuales opresivas. La teoría tiende a reducir todo cambio social relativo al género a un cambio dentro de la familia, y específicamente de la familia nuclear heterosexual. Un correctivo sería abogar por la crianza compartida entre hombres y mujeres en familias heterosexuales como un medio extremadamente importante, tanto para preparar a los hombres para las tareas de crianza como para establecer una mayor armonía entre los géneros en la cultura, pero no como el único camino hacia las relaciones intersexuales sanas y el buen funcionamiento de la sociedad.

Independientemente de su veracidad, la intensidad de los ataques de Pauline Bart refleja la profundidad con que el asunto de la paternidad y el feminismo golpeó en el núcleo de nuestro pensamiento y sentimiento respecto de hombres, mujeres y el sistema sexual/genérico, y también la profundidad de los cismas entre feministas, por la visión de los hombres como enemigos frente a la de los hombres como camaradas. Para complicar más el asunto en la historia reciente de la paternidad y el feminismo, Alice Rossi, una muy respetada estudiosa feminista que sobresalió en 1964 con su artículo "Equality between the Sexes: An Immodest Proposal", publicó en 1974 "A Biosocial Perspective on Parenting".² Escandalizadas y desilusionadas, las feministas de todas las tendencias se asombraron ante su argumento de que los hombres simplemente están en desventaja genética cuando se trata de la crianza, y que las diferencias entre los sexos vienen de la biología, y no de fuerzas psicológicas y sociales fuertemente incrustadas. Rossi desarraigó la postura feminista de que la personalidad humana es una interacción de biología y cultura, siendo la cultura la influencia abrumadoramente más poderosa, y vino a representar una nueva forma de feminismo "conservador" a fines de la década de 1970. Al reconocer las municiones que Rossi daba para una reacción antifeminista, Wini Breines, Margaret Cerullo y Judith Stacey, tres feministas socialistas, respondieron:

²Alice Rossi, "A Biosocial Perspective on Parenting", *Daedalus* (primavera 1977), pp. 1-31.

El efecto mayor de lo que los editores de *Daedalus* adecuadamente denominan la "interpretación indecisa" de Rossi es volver a enrollar una de las mayores ganancias intelectuales del movimiento de mujeres: el que transfería los papeles familiares y sexuales del reino de la biología al de la sociedad y la historia. . . . En la restauración según Rossi, el mundo de la paternidad y de los hombres una vez más es el mundo de la cultura, mientras que las mujeres y la maternidad regresan a su identificación con la naturaleza.²⁶

Pero, ¿cuál es el tapete que Rossi está enrollando? Para ella, la identidad de mujeres y naturaleza en realidad no es tan diferente de las anteriores de Jill Johnston o Adrienne Rich. La intención de Rossi no era celebrar a las mujeres como naturaleza, sino afirmar lo que seguramente se percibiría dentro del discurso feminista como una posición renegada y conservadora respecto de la genética y la biología. Sin embargo, el resultado es que su trabajo ha sido utilizado no sólo por pensadoras conservadoras sino por sus hermanas feministas radicales para apoyar el argumento de que madres y naturaleza van juntas, mientras que padres y naturaleza no.

A principios de la década de 1980, estaban claramente trazadas las líneas de respuesta a la pregunta: "¿Pueden ser maternos los hombres?" Mientras que las distinciones entre feministas radicales, liberales y socialistas se hicieron menos relevantes a medida que entró la segunda ola del feminismo con una política orientada a asuntos más específicos, el legado de esas tendencias fue un cisma duradero entre feministas respecto del problema de género y crianza. En lo que se refiere a los hombres y la "maternalidad", una serie de feministas dice que la naturaleza dicta que los hombres no pueden y no deben; otro grupo dice que la primacía de la crianza sobre la naturaleza dicta que los hombres pueden y deben. Aquí está la paradoja principal de estas dos posiciones: si apoyas a los hombres como padres se dice que oprimen a las mujeres; si no apoyas a los hombres puedes ser acusado de oprimir a las mujeres. Cuando el movimiento de las mujeres se enfrenta a la década de 1980, esta paradoja entra en acción al considerar a la *práctica* feminista real respecto de dos asuntos: las familias alternativas y el divorcio/custodia.

²⁶Wina Breines, Margaret Cerullo y Judith Stacey, "Social Biology, Family Studies, and Anti-Feminist Backlash", *Feminist Studies*, 4, 1 (febrero 1978), pp. 43-67.

Ausencia paterna/ presencia paterna

Una tarea importante de las feministas ha sido luchar por el derecho de la mujer de tener un hijo cuando quiera y con quien quiera. La sociedad se siente especialmente ofendida si el "con quien" no incluye a un hombre. Madres solteras y lesbianas han sido los objetivos principales del ataque. Sobre todo en el caso de una madre lesbiana, no se trata sólo de que no pueda encontrar un padre de planta para su hijo o que lo haya perdido, sino que no quiere tenerlo. Puede haber tenido al hijo en un matrimonio anterior o mediante la adopción, la unión sexual con un hombre o la inseminación artificial, con un donante conocido o desconocido, con una pareja lesbiana o sola. Cuando hay un ex-marido en el horizonte, probablemente consiga la custodia de los hijos si entabla un juicio.²⁷ Cuando hay una pareja lesbiana, por ahora no puede obtener los mismos derechos que un padre y ni siquiera que un padrastro, porque ningún estado de este país reconoce los derechos legales de los padres no biológicos que no estén casados con el padre o la madre natural o adoptiva del niño, y ningún estado permite el matrimonio entre compañeros del mismo sexo.

Repetidamente se plantean sobre todo dos preguntas, que en realidad son acusaciones veheadas, por parte de los opositores de la crianza por lesbianas. Una: ¿crees que es justo traer al mundo a un niño que tendrá que enfrentarse al estigma de pertenecer a una familia "diferente"? Dos: ¿no es malsano criar a un niño sin la presencia de un padre? Después de todo, las mismas feministas han dicho que los estereotipos

²⁷ Durante la década de 1970, ninguna lesbiana ganó la custodia sobre sus hijos en una batalla en los tribunales contra su ex-marido (Ixi Martin y Phyllis Lynn, *Lesbian Women*, Nueva York: Bantam, 1972, cap. 5, "Las lesbianas también son madres"). Durante la siguiente década, la situación mejoró un poco, con la realización de acciones en la vía de derechos civiles: con la excepción de los estados en que todavía existen leyes de sodomía, los tribunales ya no pueden utilizar la preferencia sexual como una determinante de la custodia (Philip S. Goffin, "Homosexuales ganan algunos juicios de custodia", *The New York Times*, 21 enero 1987). Pero los tribunales aún pueden esquivar tales preceptos apelando a otros criterios, como la importancia de un padre en la vida de un niño. También pueden usar argumentos más sutiles para pasar por encima de los factores de preferencia sexual, como ha sucedido recientemente con hombres homosexuales que han perdido la custodia o privilegios de visita a sus hijos porque fueron solteros. Con toda seguridad, si madres lesbianas también se enfrentaran de firme, se utilizarían los mismos criterios discriminatorios contra ellas.

sexuales sólo se quebrarán cuando los niños estén igualmente expuestos a hombres y a mujeres.

De hecho, ha crecido la hostilidad de las madres lesbianas en pareja respecto de sus hermanas feministas heterosexuales, debido a la renuencia de éstas a responder con fuerza a tales acusaciones. Las lesbianas consideran que, peor aún, las feministas heterosexuales siguen el juego de quienes condenan la crianza por lesbianas, al insistir que es de mayor beneficio para los niños tener a padres y madres activos en la crianza.

Las respuestas de las propias lesbianas a las acusaciones, con algo de apoyo feminista, ha sido que un niño criado sin un padre será un niño sano, siempre y cuando haya figuras amorosas en el hogar, independientemente de su sexo o preferencia sexual, posición que apoyo con toda firmeza. Por otra parte, criar niños con una o dos madres no significa que no haya contacto con hombres o con sus propios padres. Muchas madres lesbianas han elegido amigos homosexuales o heterosexuales como los padres biológicos de sus hijas, con el compromiso de participación conjunta en la crianza después del nacimiento del niño.²⁸ Otras han establecido el compromiso de parientes o amigos para que asuman el papel de padre o de tío. Por último, las lesbianas sostienen que los problemas respecto del "odio a los hombres" se dirigen por error contra las madres lesbianas. Amar a una mujer de ninguna manera es igual que condenar a los hombres. Si la gente de veras se preocupa por la hostilidad de las madres contra hombres o padres, deberían dirigir sus investigaciones a las familias heterosexuales, donde la incidencia cada vez mayor de violencia o guerra declarada entre madres y padres poco puede contribuir a la salud y el bienestar de los niños.

Estos argumentos proporcionan un apoyo no sólo para las madres lesbianas, sino también para las madres solteras y divorciadas. Mientras tanto, organizaciones como el Proyecto de Derechos de Lesbianas en San Francisco han estado presionando para conseguir decisiones legales y legislación que permitan las adopciones a parejas lesbianas y aseguren los derechos de madre a la madre no biológica en familias lesbianas. El argumento es que todo individuo que ha proporcionado alimento físico

²⁸Desafortunadamente, la difusión del SIDA en la comunidad gay ha claudicado esta opción de paternidad biológica para muchas madres lesbianas, quienes ahora recurren a bancos de espermia donde pueden adquirir espermia médicamente examinado, sin SIDA, de un donador descartado.

... y psicólogo durante largo tiempo a un niño debería considerarse una madre "de facto". O bien, en las palabras de una compañera lesbiana de una madre (mujer que ha sido rechazada en un tribunal de California en el juicio por custodia conjunta y derecho de visitas a los niños criados por ella y su ex-pareja): "Sentarse allí y decir con toda seriedad que alguien que ha velado toda la noche cuidando a una niña, curando su varicela, gozando cada uno de sus adelantos, levantándola cada vez que se ha lastimado la rodilla o arullándola por las noches, no es una madre es absurdo."²

Irónicamente, aun cuando las feministas lesbianas han sido apoyadas por la postura feminista radical de que los niños pueden crecer muy bien con madres y sin padres, por sus objetivos políticos y legales, se han convertido en las partidarias más fieles de la postura de construcción social (opuesta a la visión esencialista) respecto de la crianza. Igualar a las mujeres con la naturaleza, como en las doctrinas feministas radicales originales que apoyaban la eliminación de los padres, sería lo mismo que aplastar su propia lucha por el reconocimiento legal de criadores no biológicos en familias lesbianas y gay. Al modelar una nueva definición legal de la familia, las activistas lesbianas ahora defienden implícitamente que cualquier individuo, independientemente de su género o de su papel biológico en la crianza, tiene derecho al reconocimiento de su papel de padre o madre si él o ella se compromete en las tareas sociales y emotivas de criar a un niño.

Ahora podemos identificar el vínculo entre la campaña para legitimar familias en que los niños se crían sin padres y la batalla política realizada por feministas heterosexuales que insiste en que hombres y mujeres deben tener igual responsabilidad en el cuidado de los hijos. La nueva familia alternativa es la familia de crianza compartida y la premisa subyacente, como en las familias lesbianas, es que la crianza es un acto social y no biológico. El argumento feminista principal es que, aunque es más fácil decirlo que hacerlo (debido a divisiones genéricas socializadas en la voluntad y la capacidad para la crianza), debería llevarse a cabo la crianza conjunta por hombres y mujeres. Al igual que con las batallas en torno a las familias lesbianas, sin duda funciona aquí una política de autointerés: las mujeres que mantienen relaciones con hombres o que las piensan mantener reconocen que su liberación llegará

²David Margolick, "Lesbian and Custody Fight Test Family Law Frontier", *The New York Times*, 4 julio 1991.

sólo cuando las mujeres se liberen de la crianza primaria. Pero también hay una visión subyacente de cambio que implica una integración, más que una separación de femenino y masculino, una visión feminista liberal y de izquierda que siempre ha chocado y sigue chocando con la visión feminista radical original de derrocar el patriarcado a través de la supremacía materna.

Independientemente de la visión, el movimiento "pro-paternidad" ha tenido que hacer una pausa, dado que ha sido sacudido por una serie de sucesos que han cuestionado su fundamento mismo. En primer lugar, la postura pro-paternidad, de hecho, se está utilizando contra madres lesbianas y solteras por parte de conservadores y liberales en una reacción antifeminista. En segundo lugar, la insistencia en que los hombres pueden ser maternos ha sido utilizada, en interés propio, por un sistema social que valora a los hombres por sobre las mujeres. Así como los hombres son mejores cocineros, ahora los hombres serán madres mejores (por ejemplo, Dustin Hoffman supera a Meryl Streep en *Kramer vs. Kramer*). En tercer lugar, la insistencia en la participación del padre ha llevado a la peor pesadilla, ya que los padres han desautorizado a las madres en brutales luchas por la custodia de los hijos en todo el país. Por último, algunas feministas observan la mayor incidencia de la revelación de abuso sexual de niños por sus padres y dicen que las feministas deberían pensar con más cuidado acerca de la exigencia general, sin condiciones, de la mayor participación de los padres. En algunas instancias, dada la realidad de género de nuestra cultura, la paternidad resulta verdaderamente peligrosa para los niños (y para sus madres). Tal vez sea cierto que las feministas que luchan por la participación de los padres son ingenuas respecto de las raíces reales de la misoginia en esta sociedad.

Sin embargo, ésta no es razón para tirar al bebé junto con el agua sucia, por decirlo de alguna manera, y la solución real es desarrollar un análisis más elaborado que identifique cuándo la participación del padre está dentro de los mejores intereses de una mujer (y de un niño) y cuándo es potencialmente destructiva, dada la urdimbre social de la sociedad estadounidense. A partir de ahí podrán desarrollarse estrategias cuidadosamente planeadas, con un razonamiento claro para cada una. Por ejemplo, yo no veo contradicción alguna en apoyar la participación equitativa de los padres en la crianza, pero sólo si son capaces de la protección y el apoyo verdaderos requeridos de la "maternidad", lo cual es-

clurira a los hombres abusivos o machistas que utilizan a los niños como escudos.

El problema de la custodia

Las feministas que han apoyado la crianza compartida también han sido partidarias de la custodia compartida, después de un divorcio, un padre debería tener el mismo acceso a sus hijos que la madre. La premisa era que también hubiera participado antes del divorcio. Ha sido impresionante ver lo que en realidad ha pasado con las mujeres en los tribunales. Utilizando a los hijos como escudo, los hombres han emprendido guerras despiadadas por la custodia contra las madres de sus hijos a través del sistema legal. Más de doscientos grupos de derechos de hombres han surgido en el país en apoyo de los padres como cuidadores maternales; se han escrito libros con consejos para hombres acerca de buenas estrategias para ganar la custodia sobre sus hijos, incluyendo acusaciones de lesbianismo o técnicas para secuestrar a un hijo que está bajo la custodia de la madre.³⁰ El padre gana en aproximadamente dos terceras partes de los casos de custodia disputada ante un juez.³¹

Algunos hombres luchan genuinamente para seguir vinculados con los hijos a quienes han cuidado y han querido y en cuyo caso es un beneficio la relación para el hijo; he visto su dolor en mi consultoría. Pero

³⁰Algunos de estos libros son: *How to Win Custody* de Louis Kiefer, *The Lion's Share: A Complete Manual for the Winning Male* de J. Alan Orenstein, *How to Avoid Paying Alimony* de Maurice Franks.

³¹Estadística incluida en Sharon Johnson, "The Odds on Custody Change", *The New York Times*, 17 marzo 1986. Ver también los datos encontrados por Phyllis Chesler, *Women on Trial: the Battle for Child and Custody* (Nueva York: McGraw, 1988). El libro incluye un estudio profundo de sesenta madres desafiadas respecto de la custodia de sus hijos entre 1960 y 1981. Todas las madres habían sido las cuidadoras principales del hijo antes de la lucha por la custodia, entre los padres, el 87% no había participado directamente en el cuidado del hijo antes de pedir la custodia, y el 67% no había pagado el mantenimiento del hijo después de la separación. No obstante, la custodia permanente se asignó al 70% de los padres. Aun en los casos de visita, los tribunales han ignorado los ruegos de las madres de proteger a sus hijos del abuso (molestarce) sexual por parte de los padres. Elizabeth Morgan, médica, ha desafiado el mandato del tribunal y profirió ur a la cárcel antes de revelar dónde estaba su hija quien, según insiste la madre, ha sido constantemente molestada al visarla a su ex-marid. Ver Marianne Szegedy-Maszak, "Who's to Judge?", *The New York Times Magazine*, 21 mayo 1989.

una gran mayoría de los hombres que retan a sus ex-esposas en juicios de custodia no se interesan en el cuidado, sino más bien en el control de sus hijos. Levantan una demanda por la custodia como una manera de evitar pagar el mantenimiento de los hijos o como un mazo sobre las cabezas de sus ex-esposas, con frecuencia en respuesta a la búsqueda de autonomía y derechos equitativos de sus mujeres.

Probablemente arancarán al hijo de los brazos de la madre sólo para entregarlo a otra mujer (su siguiente esposa) para que lo cuide, en lugar de asumir ellos mismos la responsabilidad. Los jueces conservadores están más que dispuestos a apoyar a los hombres: "Ustedes, señoras, quieren liberarse. Pues, entonces, aténganse a las consecuencias."³² Los laureles corresponden ahora al "nuevo padre": el premio son los hijos.

Las abogadas feministas no lo previeron. Creyeron que la tendencia a no asumir los derechos de las madres a principios de la década de 1970 generaría una nueva actitud neutral respecto de los géneros en la asignación de la custodia a la persona o personas que realmente se habían ocupado de los niños, independientemente del sexo. Pero más bien encontraron que los tribunales devaluaban el trabajo del verdadero criador del niño e invocaban otros criterios como la posición financiera, la casa más bonita, incluso un nuevo cónyuge, más probable en el caso de un padre, para otorgar la custodia a los hombres.³³ Desde una perspectiva feminista radical, Phyllis Chesler no lo considera una sorpresa: "Nuestra cultura sobrevalea a los hombres, los padres y el dinero, y menosprecia a las mujeres, las madres y el vínculo madre-hijo."³⁴

Chesler no considera que las feministas sean responsables de lo que hacen los tribunales, pero también ella reconoce la confusión feminista entre derechos y responsabilidades: "muchas feministas han confundido su deseo de crianza conjunta con los hombres con el derecho de los hombres a la custodia".³⁵ Sostiene que toda ley que valore más la paternidad legal que la maternidad biológica y/o el cuidado materno

³²Declaración de un juez citada en Marianne Takas, "Divorce: Who Gets the Blame in 'No Fault'?", *Ms. Magazine*, febrero 1986.

³³Ver Takas, "Divorce: Who Gets the Blame in 'No Fault'?" para un análisis de las consecuencias imprevistas para mujeres y niños en la decisión que tomaban los tribunales al privilegiar los derechos de custodia de los hombres. También ver "Beneath the Surface: The Truth about Divorce, Custody and Support", *Ms. Magazine*, febrero 1986.

³⁴Citado en "Beneath the Surface". Ver también Chesler, *Mothers or Trud*.

³⁵Chesler en "Beneath the Surface".

primario degrada y viola a las mujeres y los niños. Desde una perspectiva feminista de izquierda, la respuesta de Chesler es demasiado simple. Una vez más une la labor de parto con la maternidad e ignora la otra realidad apremiante y competitiva de que muchas mujeres (junto con sus hijos) se beneficiarían de un sistema que, si fuese obligadamente equitativo, otorgaría derechos compartidos y también exigiría responsabilidades compartidas del padre y de la madre en el cuidado de los hijos, tanto dentro como fuera del matrimonio.

Feminismo, paternidad y el futuro

En las posiciones contradictorias respecto de la paternidad dentro del movimiento de las mujeres, la solución de una mujer se convierte en el problema de otra mujer. A medida que entran más mujeres a la fuerza de trabajo y se encuentran atrapadas con dos empleos por el precio de uno, un remedio obvio es insistir en que los hombres participen en la crianza de los niños. Pero ese remedio también se convierte en un arma cruel en manos de un sistema de poder dominado por hombres, para castigar a cualquier mujer que críe a un hijo sin un hombre, ya sea por divorcio, elección personal, preferencia sexual o cuestiones demográficas.

El aprendizaje de esto es que el problema de la participación de los hombres en la crianza de los hijos es una verdadera dialéctica. La tensión histórica está entre el deseo de reestructurar la familia de manera que la crianza se considere una responsabilidad de ambos padres y no de la madre, y la realidad de que tanto el "nuevo" padre como la estructura política de poder que representa los valores masculinos tradicionales está quitando a las mujeres su autoridad como madres y su influencia materna.

No podemos evadir las diferencias entre feministas en su visión del cambio. La crianza compartida en oposición a la supremacía de la madre simplemente son construcciones incompatibles. En la nueva era de política específica, las incompatibilidades reflejan no sólo desacuerdos políticos, sino también intereses personales asombrosamente diferentes entre distintos grupos de mujeres: casadas, lesbianas, madres solteras. Estos intereses, que se relacionan con una parte muy importante de nuestras vidas, los hijos y la maternidad, promueven visiones

muy diferentes. Necesitamos comprender que, además de los intereses comunes a nuestro sexo, también podemos estar luchando con situaciones familiares y vitales extremadamente diferentes que requieren transformaciones sociales divergentes si no contradictorias.

En ese contexto, hay peligro en las estrategias que emanan de cada una de estas visiones cuando no se ubican en el contexto de un enfoque *combinado*, centrado en lo andrógino y en lo temerino. La posición feminista que celebra a la madre como naturaleza y sostiene que los hombres deberían ser hijos pero no padres, sin querer ha servido a la estructura de poder patriarcal que intenta mantener a las mujeres en una posición secundaria como "madre" y que sostiene que su lugar correcto es en el hogar. La exigencia exclusiva de la plena participación de los hombres en la crianza de los hijos, al no abordar el problema de quitarles a las mujeres el poder del hogar sin ofrecerles simultáneamente mayor igualdad en la esfera pública, también repercutirá negativamente contra las mujeres. Deja a las mujeres sin predominio en ninguna parte. La intención era que las mujeres se recurrieran para darle lugar a los hombres; la realidad es que las mujeres con frecuencia se encuentran excluidas de ambos sitios. Un enfoque feminista viable de la paternidad debe asegurar la responsabilidad del hombre y simultáneamente proteger los derechos y la influencia de la mujer. No podemos esquivar la realidad de que distintos grupos de mujeres tendrán intereses contrarios respecto de los padres y las familias.

Pero a medida que entramos en la última década del siglo, una encuesta realizada por *The New York Times* indica que las mujeres actualmente consideran el equilibrio del trabajo y la familia como una de sus preocupaciones principales, una que cruza los límites de clase y de raza "mucho más claramente que algunos de los problemas filosóficos más imponentes de las décadas de 1960 y 1970."³⁹ La encuesta señalaba que, mientras que las mujeres negras aún consideran más importante encontrar un buen empleo, se dan la mano con las mujeres blancas en la pregunta de "¿quién criará a los hijos?" El movimiento de las mujeres ha respondido al acentuar la importancia de una agenda de em-

³⁹Lisa Belkin, "Barriers to Equality of Sexes Seen as Erosing, Slowly", *The New York Times*, 20 agosto 1989. Para mayor información sobre los resultados de la encuesta de *The New York Times* véase también Alison Leigh-Cowan, "Poll Finds Women's Gains Have 'Taken Personal Toll'", *The New York Times*, 21 agosto 1989, y E. J. Dionne, Jr., "Struggle for Work and Family Fueling Women's Movement", *The New York Times*, 22 agosto 1989.

plen y familia. Ésta es una dirección esperanzada, una que salta la brecha entre las actitudes y las necesidades de mujeres de distintas clases, colores y orientaciones sexuales, y procede con un programa práctico que supera las diferencias filosóficas. El programa podría dirigirse hacia la exigencia de guarderías subsidiadas por el gobierno, horarios flexibles, otorgamiento de licencias para gente con hijos, reconocimiento de padres no biológicos o no casados de cualquier sexo en los planes de salud pública y en las políticas de licencia para empleados, y cualquier otro apoyo o reconocimiento institucional para familias de todo tipo, de modo que puedan combinar mejor el empleo con la familia y facilitar la participación de los hombres, cuando sea apropiado, en la crianza de los niños.

El problema del género y la familia ya no es simplemente una meditación filosófica. Es una cuestión de supervivencia para una cantidad cada vez mayor de mujeres en este país, la mayoría de las cuales ahora trabaja y cria hijos simultáneamente. Considerada como un ataque ideológico para las mujeres a fines de la década de 1960, la participación de los padres se ha convertido en una necesidad económica para muchas familias en la actualidad. Así como las feministas han atestiguado la mayor participación de las mujeres en el mundo del "trabajo", el movimiento de las mujeres, por necesidad, ha reiniciado sus preguntas respecto de los hombres en "el hogar". Al mismo tiempo, mientras las feministas han visto y apoyado la proliferación de estructuras familiares alternativas, hemos planteado una nueva pregunta: "Al fin de cuentas, ¿qué es un hogar?"

Las feministas, sean madres o no, comparten un objetivo común: erradicar el sexismo y eliminar la opresión de las mujeres. Si de veras queremos que esto suceda, no cabe duda de que las feministas deben dejar de luchar contra los padres y dejar de luchar entre sí respecto de los padres. Más bien, es hora de luchar por la participación equitativa de los hombres en la vida familiar cuando sea beneficioso para nuestro objetivo común, y de bloquear esa participación cuando navegue sobre la cresta del sistema sexual/genérico dominado por los hombres, que aplasta a las mujeres en lugar de liberarlas.

Traducción: Mónica Mansour